

Con la bella Endanaya,
 Feliz tú si los Dioses
 Te dan ventura tanta.

XXXII.

No quiero, ya no quiero
 Al doncel Caridamo;
 El es hermoso joven,
 Pero soberbio y vano;
 Sus bellos ojos miran
 A los lucientes astros,
 Y espera que de Jove
 Tal vez será robado,
 Y la nectárea copa
 Servirá del Troyano:
 No quiero, pues, no quiero
 Yo ser rival osado
 Del padre de los Dioses,
 Del lanzador del rayo,
 Mezquinas esperanzas
 Del pecho enamorado,
 Que sólo mi deseo
 Es ya, doncel gallardo,
 Te lleves al Olimpo
 Para recuerdo grato
 Estas amantes muestras
 De cómo eres amado.
 De mis lágrimas sean
 Tus bellos pies bañados,
 Y tus divinos ojos

Hacia mí sus encantos
 Súavemente vuelvan,
 Y de tus dulces labios
 Algún furtivo beso,
 ¡Ay mí! siquiera, ingrato,
 Que mis mejillas sientan
 La sombra de tus labios.
 Esto solo te pido;
 De Jove soberano
 Es lo demás, ni creo
 Que en esto al Dios agravio

XXXIII.

Vió Venus amorosa
 Entre graciosos niños
 Al amable Antioco,
 De todos el más lindo,
 Y la risueña Diosa
 Niega ya que Cupido
 Es hijo suyo, y dice
 Que ella no le ha parido.
 Al nuevo Amor, muchachas,
 Amad, bello y lascivo,
 Como dice su madre,
 Más que el dulce Cupido.

XXXIV.

Si Amor fuese vestido,
 Si alitas no llevara,
 Ni en sus hombros pendiera
 El arco ni la aljaba,
 Y del bello Antioco
 Se ornara con las galas,
 Por el bello mancebo
 Te juro que dudara
 Si era Amor Antioco,
 O el Dios su faz tomaba.

XXXV.

Cuando del rayo ardiente
 Salió el festivo Baco,
 De pavesa y cenizas
 Y de humo rodeado,
 Las apacibles Ninfas
 De las fuentes y lagos,
 De puras dulces aguas
 Le dieron frescos baños,
 Y por eso las Ninfas
 Son amadas de Baco,
 Y sin ellas es fuego
 Su licor soberano.

XXXVI.

Pintados pajarillos
 Que revuelan y vagan
 En la fresca arboleda
 Süavemente cantan,
 Y entre los verdes ramos
 Sus plumas coloradas
 Del sol al claro rayo
 Bellos visos retratan.
 En un ameno prado
 Que claras puras aguas
 Regaban, descendidas
 De las altas quebradas
 De un rústico peñasco
 Que alzado descollaba
 Sobre las altas cimas
 De las frondosas plantas;
 Allí sobre las flores
 Amor dormido estaba,
 Desnudito y hermoso
 Sin la purpúrea banda,
 Y de un rosal pendían
 Sus amorosas armas,
 El arco, y con las flechas
 La su dorada aljaba;
 Las pequeñas abejas
 En torno bombizaban,
 Y de lirios y rosas

Precioso dulzor sacan,
Que en sus purpúreos labios
Después lo destilaban.

XXXVII.

Mas luego que llegamos
A la umbrosa arboleda,
Encontramos al niño
De Cítère la bella,
Purpúreo, parecido
A las mazanas tiernas.
Estaba sin el arco,
Sin aljaba ni flechas,
Que de un rosal pendían
Que estaba de allí cerca:
Él estaba vencido
De la süave fuerza
Del apacible sueño,
Pero con faz risueña;
Bombizaban en torno
Las doradas abejas,
Y de lirios y rosas
Las preciosas esencias
En sus hermosos labios
Destilaban. Las bellas
Mariposas vagaban
De flor en flor contentas,
Con sus pintadas alas
Como flores que vuelan.
Las cándidas palomas

Dan amorosas vueltas,
Se arrullan dulcemente,
Huyen, tornan, se besan.

XXXVIII.

Llevad, amables Gracias,
A mi bella Eliodora,
Llevadla á vuestro coro,
¡Ay! llevad á mi hermosa:
Tomad sus lindas manos,
Saltará con vosotras
En las festivas danzas,
¡Ay! llevad á mi hermosa,
Que su beldad divina
Es llama abrasadora,
Su dulce hablar encanta,
Su silencio enamora,
Porque sus bellos ojos
Me dicen tantas cosas
Con su callar... llevadla
Lejos de mí, ¿qué importa,
Si sabe cual de Jove
La diestra poderosa
Lanzar ardiente rayo
Que el corazón devora?

XXXIX.

Ajeno de cuidados
 Y de amorosas ansias,
 Mi corazón tranquilo
 De blanda paz gozaba;
 Mas el rapaz ardiente
 De la risueña Pafia
 Que vagaba perdido,
 Como vagar le agrada,
 Llegóse revolando
 A media noche á casa,
 Y risueño me dice:
 «Alma desamorada,
 ¿En qué piensas? no sabes
 Lo que será mañana,
 Y que el tiempo se pierde
 Que en amar no se pasa!
 Llega la copa al labio,
 Bebe mi dulce-amarga
 Bebida;» y desde entonces
 Atosigóme el alma:
 Entre lindas doncellas
 La bella Diófanta
 Miré, y ella miróme;
 Su amorosa mirada
 Me rinde, me cautiva,
 Me aprisiona y enlaza;
 Ni la prisión me ofende,

Ni la fuga me agrada,
 No quiero estar con ella,
 Ni es posible dejarla.

XL.

Un delicioso sueño
 Cierta noche tenía:
 Que el Amor á mis brazos
 Trajo una tierna niña,
 Apacible y risueña,
 Más que las flores linda,
 Y cuando yo gozaba
 De süaves caricias,
 Desperté, voló el sueño,
 Volaron mis delicias:
 Tales son los placeres
 Que el fiero Amor envía.

XLI.

Quiero más, echa vino,
 Llena, llena la copa,
 Que bebérmela quiero
 Al nombre de Eliodora:
 Y tú, cuando la llenes,
 Su dulce nombre, Dorcas,
 Repite á mis oídos,
 Y tráeme la corona
 Que tejieron sus manos

De azucenas y rosas;
 A mis sienes la ciñe;
 Mas ¡ay! tal vez ahora
 Ella en ajenos brazos
 Descuidada se goza,
 Que mustias me lo dicen
 Las flores amorosas.

XLII.

Ea, sagrada Noche,
 Que con oscuras sombras
 Y brillantes estrellas
 Tu negro manto doras,
 Ruégote que si alguno
 En este punto goza
 De los tiernos abrazos
 De mi bella Eliodora,
 Le cause eterno sueño
 El seno de mi hermosa.

XLIII.

Mas no, divina Noche,
 Tal vez estará sola,
 Y sobre el frío lecho
 Medita las memorias
 De nuestros dulces juegos
 En más felices horas:
 Puede ser la cuitada

Mi triste ausencia llora,
 O bien el blando sueño
 Con halagüeñas sombras
 La engaña, y dulces besos
 Da su rosada boca
 En sus hermosas manos,
 O en la purpúrea colcha:
 ¡Ay mí triste! si tiene
 Nuevas delicias hora
 Y por otros amores
 Suspira mi Eliodora,
 No lo permitas, Noche,
 Ni tú, luciente antorcha,
 A quien he confiado
 La guarda de mi hermosa.

XLIV.

Por la rosada Venus,
 Amor, todas tus armas
 He de abrasar ahora
 En encendidas llamas:
 Los encorvados arcos,
 Y la dorada aljaba,
 De tus ligeras flechas
 Las puntas dulce-amargas.
 ¿Por qué te ríes? ¡hola!
 ¿Burlas mis amenazas?
 Tal vez última risa
 Será; también tus alas,
 Que presurosas llevan

Tormentos á las almas,
 He de cortar, y un lazo
 Ha de ceñir tus plantas:
 Y si te rindo, atado
 Cual fiera entre las cabras
 Te he de tener, y siempre
 Cercano de mi alma;
 Mas, invencible, vuela,
 Mueve la veloz planta,
 Y agita con presteza
 Las tus ligeras alas,
 Otros jóvenes sigue
 Y caza otras muchachas.

XLV.

Por la nadante Cypria
 En las purpúreas aguas,
 Que Tryfera es graciosa,
 Y Tryfera se llama,
 Mas del Amor desprecia
 Las flechas y la aljaba,
 Al chiquito no quiere,
 Ni le besa ni halaga;
 ¿No sabes, simplecilla,
 Que él es niño y con alas,
 Y si no le acarician
 De un vulecito marcha?

XLVI.

Todas las estaciones
 Tus ojos me presentan:
 Si risueña me miras,
 La dulce primavera;
 Si amorosa y ardiente,
 El tiempo de la siega;
 Y si al placer incitas
 Con tu mirada tierna,
 A las dulces vendimias
 Me voy desde las eras;
 Y si esquiva y airada
 Me miras, dulce prenda,
 La triste estación viene
 Que el corazón me hiela;
 Mas ¡cuán ligeros pasan
 Los tiempos de una bella!

XLVII.

Es la rosada Venus
 Señora de la nave;
 Amor es el piloto
 Que rige el gobernalle,
 Y con sus manos lleva
 Mi vida do le place:
 De afecto impetuoso
 El viento me combate,

Y en el mar de las bellas,
Que es de todos los mares
El más tempestuoso,
Agitado, inconstante,
¡Ay mí! voy navegando,
¡Ay mí! que he de anegarme.

XLVIII.

En la callada noche,
Mi bella Zenofila,
En apacible sueño
Estarás adormida.
¡Ay, si el sueño yo fuera
Que con leves alitas
A tus bellas pestañas
Blandamente caería!
Así ni el mismo sueño
Que á Jove soporiza
Tus celestiales ojos
Cerrara, bella mía,
Y yo, tierno pimpollo
De mis dulces delicias,
A tu lado estuviera
Mientras que tú dormías.

XLIX.

Opusírame á Jove
Si robarte quisiera,

Bellísimo Muysco,
Para servir el néctar.
Mil veces ya me ha dicho:
«¿Dí, tímido, qué tiemblas?
No quiero darte celos;
Respeto las ternezas
De corazón amante;
Confía en mí, no temas.»
Mas yo, dulce Muysco,
Si el leve ruido suena
De un mosquito, ya temo
Perder tanta belleza,
Recelando que Jove
Por tí pérfido sea.

L.

Süavemente canta
La bella Zenofila,
¡Cuán dulce el plectro hiere
Las cuerdas de la lira!
¿Qué tiene el dulce canto,
Por qué tu voz divina
Me suspende, yo tiemblo,
Mi corazón palpita,
Y allá dentro del pecho
Tiernamente suspira?
¿Dó me iré que no sienta
Tu voz, amada mía?
En todas partes oigo
Las voces que me hechizan;

En torno de mí vuelan
 Y á todas partes giran
 Alados Amorcillos
 Que tus ecos animan,
 Ni respirar me dejan,
 Y siempre, Zenofila,
 O tu beldad me ofrecen,
 O tu cantar imitan,
 O las amables gracias
 De tu amorosa risa.

LI.

Triste corazón mío,
 ¿A qué la antigua llaga
 Que fiero Amor te hiciera
 Y el tiempo ya curara
 Agora cauterizas,
 Renuevas y maltratas?
 Déjala, por los Dioses;
 No más, no más la llama;
 No descubras el fuego
 Que en cenizas estaba:
 Mira que si rendido
 Quieres volver la espalda
 Y con inútil fuga
 Huir de Amor la saña,
 Afanarás en vano;
 Que Amor tiene sus alas,
 Y con un leve vuelo

Al más ligero alcanza,
 Y al siervo fugitivo
 Verás cómo se trata.

LII.

Cruel Amor, ¡qué quieres
 Tanto rigor conmigo!
 Pisa, pisa mi cuello,
 Ya me tienes rendido:
 Bien sabes que mil veces
 Probé tu ardiente tiro,
 Y de tu fiera saña
 El furor encendido:
 Deja, deja tu fuego;
 Aunque voraz y activo,
 ¿Qué sirve, si mi pecho
 Es ya ceniza y frío?

LIII.

Amor va fugitivo
 Y pregonarle quiero:
 Huyóse esta mañana
 El crudo rapazuelo;
 Salió al rayar la aurora
 Del delicioso lecho
 De una graciosa niña,
 Y se partió de un vuelo,
 Que no le acariciaba

Ni quiso darle un beso.
 Al que no le conozca
 Sus señas decir quiero:
 Aunque de muchos años,
 Parece niño tierno;
 Súavemente llora,
 Siendo alegre y risueño,
 Veloz, de leves alas,
 Engañoso y parlero,
 Armado con su aljaba,
 Arco y flechas de fuego;
 Niño que nada teme,
 Implacable y protervo,
 De todos enemigo
 Y vencedor violento:
 No sé quién es su padre,
 Si la tierra ó el cielo,
 O el mar tempestüoso,
 Que nadie quiere serlo;
 Pero cuidad no trabe
 Nuevos lazos y enredos:
 A mí no se me oculta,
 Sus engaños entiendo;
 Véole ya escondido
 Y en asechanzas puesto:
 De Eliodora en los ojos
 Se oculta el rapazuelo.

LIV.

El tierno gazapillo,
 Delicado y süave,
 De variadas pintas,
 Saltadorcillo amable,
 Que del cubil robara
 En un florido valle
 Un cazador, y á Fania
 Le dió que le criase;
 Que en sus rosadas faldas
 Se olvidó de su madre,
 De las tempranas flores
 Que le ha dado esta tarde,
 De caricias y besos
 Y á su pecho estrecharle,
 El feliz gazapillo
 Murió, ¡muerte envidiable!
 Labrarle quiero ahora
 Mausoleo de jaspe,
 Y de su misma cama
 Leer el aquí yace.

LV.

Florecen las violas,
 Y florece el narciso
 Amante de los valles
 Que riega claro río,

Y por los altos montes
 Los variados lirios:
 La bella Zenofila
 También ha florecido
 Su dulce y fresca rosa,
 Amoroso incentivo.
 Su flor es muy más bella
 Que cuantas flores miro.
 ¿Para qué, ameno prado,
 Vano y empompecido
 Te muestras con tus flores,
 Azucenas y mirtos,
 Si la niña es más bella
 Que cuantas flores miro?

LVI.

Canta, cigarra, canta
 Hora que estás beoda
 Del rocío del alba
 Con las süaves gotas.
 En soledad amena,
 Sobre las tiernas copas
 De los arbustos cantas
 Tus pastorales odas.
 Tus delicadas alas
 Agitas cuando entonas
 Las dulces cantinelas,
 Y cual lira sonora
 Armonioso y vario
 Tu chincharchar se forma.

Ea, cigarra mía,
 A las Ninfas hermosas -
 Que los sagrados bosques
 Y por las selvas moran,
 Entona nuevo canto,
 Que al de Pan corresponda,
 Para que Amor me deje
 En las ardientes horas
 Gozar el blando sueño
 Del plátano á la sombra.

LVII.

De mis tristes amores,
 De mis ansias alivio,
 De mis dolores sueño,
 Ven, apacible Grillo,
 Dulce cantor del valle,
 Que halagas el oído
 Del que los campos ara
 Con tu grigrí divino:
 Tus alitas resuenan
 Imitando el sonido
 De la süave lira,
 Y nadie te lo ha dicho.
 Cántame un dulce tono
 Bullicioso y festivo,
 Agitando tus alas
 Y tus pies tiernecitos;
 Y si mis crudos males
 Y los amores míos

Con blando sueño curas
Y das al dulce ovido,
En pago te prometo
El más dulce rocío
Que la rosada Aurora
En flores ha vertido.

I.

Lucientes astros, plateada Luna
Que alumbras dulcemente á los amantes;
Sagrada Noche, que sombrosa guías
Los pasos de los tristes namorados,
¿Hallaré yo la dulce mi enemiga
En su lecho despierta lamentando
A la luz su desierto y frío lecho,
O tal vez, ¡ay de mí! su bello seno
Lasciva ofrece á más dichoso labio?

II.

Sagrada Noche, reluciente antorcha,
Que de mis amorosos juramentos
Fuisteis solos testigos invocados:
Ella juró que siempre me amaría;

Yo la juré constancia en mis amores;
Ambos juramos, mas las aguas llevan
Aquellos juramentos: tú la miras
Tal vez en otros brazos reclinada.

III.

¡Cruel, cruel Amor! aun más dirélo,
Encrudecido Amor, sí, despiadado,
Entre suspiros y amoroso llanto
Otra vez digo, Amor encrudecido;
Mas mis palabras burla el rapazuelo,
Y se ríe y se va: yo sólo extraño
Cómo, Venus, nacida de las ondas
Del glauco mar, pariste vivo fuego.

IV.

Cargadas naves que del mar Greciano
Surcáis las bravas ondas recibiendo
El grato bóreas en senosas velas,
Si por caso en las playas arenosas
De Coa veis mi Fania estar mirando
Del piélago las ondas azuladas,
Decidla así:—Tu amor nos ha guiado,
No el piloto, ni el viento, ni las aguas.—
Si esto decís, con viento favorable
Jove llene las velas hasta el puerto.

V.

Venid, tristes amantes; venid luégo
 Cuantos sabéis la llama que me abrasa;
 Venid si habéis gustado el dolci-amargo
 Cáliz de amor; traed heladas aguas,
 Aguas de fría nieve, y en mi pecho
 Las derramad, que mis osados ojos
 Han querido mirar la bella Nise:
 Llegad, llegad, que el fuego me devora;
 Apagad el incendio que me abrasa.

VI.

Si por caso, Cleobyla, del fuego
 Del dulce amor deshecho el pecho mío
 Muriese, ¡ay mí! te ruego que recojas
 Del corazón amante las cenizas,
 Y en puro vino mezcla, y te las bebe,
 Y antes de dar los míseros despojos
 A la tumba, pondrás en la urna mía:
 Don del Amor al horroroso Dite.

TIRTEO.

Este célebre poeta era de Afidnæ, aldea del Atica, ó de allí procedía cuando fué á Lacedemonia. Refiere una antigua tradición, cuya veracidad se pone en duda, que era jorobado, bizco y cojo, y empezó siendo maestro de escuela; que cuando la segunda guerra de Mesenia (684-668), cediendo los Lacedemonios á las vivas instancias de Aristomene, enviaron á consultar al oráculo de Delfos sobre los mejores medios de asegurar la victoria, y el oráculo les aconsejó que pidieran un general á los Atenenses; que éstos, burlándose de aquéllos, les dieron á Tirteo, por ser completamente ajeno á empresas belicosas, pero fué en cambio un gran poeta, cuyos cantos guerreros excitaron el valor de los Espartanos y á quienes dió los más juiciosos consejos.

Llegó Tirteo á Lacedemonia cuando, no sólo estaba gravemente amenazada por enemigos exteriores á causa de la temeridad de Aristomene y del valor desesperado de los Mesenios, sino también